

gan por exasperacion les queda la inteligencia, este don irrevocable y sublime de la divinidad; por mucho que la ofusquen ella disipará un dia sus tinieblas, y aunque tarde los volverá á su Dios, cuya infinita misericordia no quedará jamas superada por el pecado y la maldad.

Una palabra mas y concluyo este punto. Ni la enfermedad y tivieza de los espíritus, ni su misma depravacion exime del precepto de hacer el bien y cortar el mal. La rebelion de los protervos no los independe de su Criador, ni los exonera de hacer su voluntad y cumplir sus leyes. Todos al fin las cumplirán, puesto que nadie es poderoso para superar esa adorable y suprema voluntad. Hé aquí un dogma que toda razon sostiene y que revela la verdad, de que no quedará un solo ser inteligente fuera de reconciliacion con su Dios. Pasemos á otra cosa.



CAPITULO V.

DEBERES Y OBLIGACIONES DE LOS ESPIRITUS EN LAS EPOCAS TRANSITORIAS DE LAS ENCARNACIONES.

QUISIERA ceñir mi inteligencia con una venda negra, sufrir el mas completo olvido de lo que sé y he presenciado y dejaros en la dichosa ignorancia que hace ameis el lamentable estado de vuestras encarnaciones, antes que poneros delante las acerbos angustias que trae consigo ese terrible paso de encarnar, que tan sencilla y fácilmente tiene lugar; pero siendo muy conveniente para vuestros progresos morales que todo lo sepais, entregaré mi voluntad á esos penosos relatos, pues que sin ellos no podreis conocer cuánta energía toman los deberes y obligaciones de los espíritus en los diarios é incontables casos de esas encarnaciones.

Libre un espíritu en el deleitable campo de lo infinito, cuando está gozando del mar inmenso de los placeres; cuando el amor y la amistad lo han enlazado con otros espíritus de quien no puede separarse sin grandes amarguras; cuando nada material le puede causar el mas leve dolor; cuando, en fin, su orgullo fascinador le ha hecho caer

en la quimera de ser superior á muchos de sus hermanos á quienes ha visto con desden, siente en lo mas intimo de su inteligencia, la poderosa fuerza de la justicia eterna que le indica la necesidad de someterse á una encarnacion. ¡Golpe de dolor incomparable!

Aquel espíritu, para quien lo infinito de sus libertades parecia poco á su necio orgullo, ir á encerrarse al estrecho punto de una miserable supervital, dentro del inmundo seno de una muger! Aquel espíritu que habia cifrado su dicha en la union de otros muy amados, de quienes salian para él raudales de armonías intelectuales que le envolvian en eminentes gozos, tener que romper tan queridos lazos, no para emprender un viaje corto á las regiones de su patria sin limites en union de muchos alegres espíritus, si no para convertirse solo, enteramente solo, en la individualidad de un sér desdichado que para vivir tendria que alimentarse de inmundas sustancias, sin tener en muchos casos ni la eleccion! Un espíritu que en la delicadeza de su voluntad se cierra desdeñoso á todo cuanto no es una sensacion de esquisito deleite, tener que anonadarse ante una gota de vil materia para organizar con ella su cuerpo susceptible de todo dolor y de toda sensacion penosa y desagradable! Un espíritu en fin, dominador de la materia, hacerse bajo muchos conceptos pasiva á esta, para recibir contra vo-

luntad transmisiones repugnantes! Todo esto es espantoso, aterrador, incomparablemente amargo para un ser tan noble como lo es un puro espíritu. ¡Justicia de Dios, cuan terrible sois!

Desde que el espíritu presiente ese tremendo castigo, todos sus goces morales se marchitan, la tristeza mas profunda lo domina, la vista de su patria celeste que tiene que dejar, le infunde amargos pesares; la presencia de los otros espíritus, sus amados, le angustian; todo lo material se le hace repugnante, porque concibe que en lo material va á encontrar instrumentos de martirio, y en su acerbo dolor, momentos tiene en que sobreponiéndose éste á su razon, mas quisiera reducirse á nada que someterse al destino que él mismo preparó,

El decreto está dado; la encarnacion es inevitable! El desdichado que ha de sufrirla, puede resistirla algun tiempo, pues que Dios no lo ha privado de su libre albedrio, pero evitarla jamás.

Por rebelde que se encuentre á su Dios, por mucho que haya avanzado en la maldad, aun cuando se encuentre el peor de los espíritus, llegará un momento en que habrá de reconocer la recta justicia de su Criador; entregará su voluntad, como primer prueba de su arrepentimiento, á la tan temida expiacion. Esa lluvia de congojas que recibe el espíritu desde que sabe que tiene que encarnar, dura tanto como sus resistencias. Hé aquí

un tiempo en que los buenos tienen las más oportunas ocasiones para llenar sus deberes. Apenas notan las aflicciones de su hermano, ya están á su lado para alentarle y consolarle. Con el predominio que les dan sus virtudes, alejan á los perversos que quisieran gozarse con las angustias del afligido; y aunque es terrible el paso que este tiene que dar, tales son las asistencias generosas que le dispensan, los discursos y santas ideas que les influyen, las dulces y bellas esperanzas que les inspiran, y las generosas promesas que les hacen de no abandonarlos en su destino, que al fin el infeliz injusticiado se resuelve al trance eligiendo entre sus muchos asistentes uno ó más protectores para la vía transitoria de su encarnación. Esos elegidos á quienes la caridad impulsa al ejercicio de toda clase de sacrificios que redunden en bien de sus hermanos, aceptan con sumo gozo, no se apartan de su protegido, á su lado estarán en la región placentaria de su destino, serán testigos de sus dolores humanos, goces materiales de su tránsito, le sostendrán en sus combates, y participarán en fin, de su destierro, adquiriendo para sí gran merecimiento y mayores elevaciones. A todos esos afanes y los más que vereis, se entregan alegres y llenos de buena voluntad los espíritus guardianes, impulsados por el amor divino en su ardiente deseo de cumplir pronta y brevemente con aquella santa y precio-

sa ley: "Haz á otro todo el bien que puedas y quisieras se hiciese contigo"

Pero ya encarnó el espíritu. El acto pasó con más presteza que la luz del relámpago. Acabaron las penas morales; Dios, en medio de su eterna justicia, estiendo la mano de su inmensa misericordia sobre el que sufre. Por una ley natural, producto previsor de la divina bondad, al formar un espíritu el compuesto humano, sin perder su esencia de espíritu, pierde la viveza de sus facultades de puro espíritu. La inteligencia que reside en el espíritu, al ponerse este en contacto con las materias de que se compone el humano, queda colocada en un nuevo modo de ejercer aquellas facultades, [mediante órganos transmisores que vendrán, pero que aun no existen al tiempo de la encarnación. Esta falta de órganos tan cierta en los principios de todo engendro animal, es la que interrumpe las operaciones de la inteligencia para con su espíritu, y la que hace que con este quede por un tiempo dado, en la más completa suspensión de sus actos. Luego que llega la aparición de los órganos corpóreos, y estos se ponen en relación con el espíritu que los va determinando, y luego que este se acostumbra á ponerlos en ejercicio, comienza un nuevo desarrollo intelectual, proporcionado al nuevo modo en que se coloca el espíritu. Ya lo veis, todo lo dispuso Dios justa sabia y benignamente.

Si el espíritu que encarna no sufriera esa suspensión de sus facultades juntamente con su inteligencia, y al encontrarse en composición con un cuerpo humano, pudiera comprender la amargura toda de su estado y compararlo con su anterior, recordando sus libertades y goces perdidos; ¿cuál sería la acerbidad de su tormento? Comprended cuán misericordioso es nuestro Padre Celestial, y cuán grande es su sabia prevision al combinar esa ley natural del olvido con la magnitud del castigo de la encarnación. Pero aun son otros, no menos sábios, los efectos de esa suspensión de facultades. Si el culpado espíritu que encarna conservara en su vida humana expiatoria, la memoria viva de sus actos é inclinaciones perversas, que le trajeron al estado de hombre, su expiación y su benéfico fin, fracasarían muchas veces, porque en tal caso, si soberbio encarnaba, soberbio aparecía en su encarnación; si ingrato y rebelde, ingrato y rebelde seguiría. No había novedad que diera segura esperanza de hacer fructuoso el tránsito, y entonces, sobre lo acerbo del castigo, quedaban intactas las pécimas costumbres que lo ocasionaron. Este gran mal desaparece con esa sapientísima ley del olvido transitorio en las encarnaciones. Necesito que me escuchéis un poco todavía sobre este importante punto.

El espíritu que encarna, al perder la memoria de todo lo pasado, puede seguir el camino del

bien que desgraciadamente extravió, como si comenzara de nuevo su creación; y es tanto más seguro que lo seguirá, como que al someterse al castigo y remedio de esa encarnación, practicó un acto de sumisión y obediencia á los decretos divinos que lo colocaron en ese buen camino bajo un gran mérito, trayendo consigo, además, eficaces protectores que lo guían en su tan penosa como útil carrera. Después de esta, cuando llegue el feliz día que tanto y tan sin razón temen los hombres de que con la muerte animal recobren sus libertades de puro espíritu, no solo se encontrará con los adelantos intelectuales que tenía antes de encarnar, pues que con esa muerte cesan las causas de las pérdidas de las facultades de que hablé, sino con el escarmiento del castigo, y lo que es más precioso, con el ornato de la caridad que había perdido, con la aversión al orgullo y soberbia, de que antes estaba dominado, y con la voluntad pura que inclina al bien y repele el mal.

Dios sabio y clemente, recibid la pequeña ofrenda de mis rendidas gracias, porque si vuestros castigos son tan severos como lo exige la rectitud de vuestra justicia, la bondad se le iguala, y de tal modo los prepara, que al sentirse el azote á sí mismo se percibe el amoroso fruto que de él emana.

Tenemos ya el espíritu hecho hombre; ya está envuelto en el cuerpo humano, ya desapareció pa-

ra él todo su pasado y solo tiene en aptitud, la voluntad que determine sus actos y opere á su tiempo el bien ó el mal, de los que no será responsable hasta que conozca lo uno y lo otro.

Los primeros años que pasa en un nuevo ser, se emplean en ensayos que tienden á despertar su inteligencia y en comprender el uso del organismo que él mismo determinó en su anonadamiento, en fuerza de una necesidad sentida y no comprendida, cual sucede á un hombre que de improviso se viera sumergido en las aguas de un mar en una noche oscura, y que al sentir su mal-estar, determina movimientos salvadores sin detenerse en conocer la razón de ellos. En esos trabajos del espíritu embotado, el fluido animal lleva la acción, y el espíritu la indicación que necesita, lo que quiere decir que ese fluido y su instinto son agentes de grande aptitud en tal obra, supliendo por sí mismos lo que falta al espíritu determinante por causa de la anonadación ó aturdimiento en que se envuelve. Esto sucede por dos razones.—Primera, porque el fluido animal tiene con los semisólidos supervitales, la grande afinidad de su inmediato origen, pues que siendo depuraciones de esas supervitales, como ya vimos, no son estrañas entre sí ambas sustancias, y puede, por lo mismo, el fluido vital ejercer fácilmente sus influjos; mientras el fluido del espíritu, tomado de la mas alta pureza del universal, no

tiene esa inmediata afinidad, puesto que aunque sustancia, no emanó de las supervitales.—Segunda, porque el fluido animal, conforme á los dotes que de Dios recibió, lejos de anonadar su instinto al animar una supervital, al contrario, solo en ella y en su organización puede desarrollarlo, y esto desde el momento en que individualiza á un ser animal y con él se identifica; cuando el espíritu inteligente en esa unión corpórea, bien al contrario sufre tal violencia que pierde sus eminentes facultades, hasta que en virtud de grandes esfuerzos las vuelve á adquirir con limitación, lenta y penosamente.

Pasan esos primeros años de aturdimiento y ya el espíritu conoce el uso de los órganos corpóreos. Entonces es cuando comienza su nueva carrera de desarrollo intelectual como hombre, y con ella los afanes y cuidados de los espíritus sus guardianes. Desde este tiempo se entregan estos á no pocas abnegaciones.

El niño en quien comienza el conocimiento del bien y el mal, no pocas veces nació de padres cuyos espíritus volvió el mal á pervertir en sus respectivas encarnaciones, y cuyas malas pasiones renacieron hasta degenerar en abominables vicios. Cuando esto sucede, los afanes de los espíritus de guarda se multiplican á fin de inspirar en su protegido virtudes permanentes que se contrapongan á las costumbres pésimas que ven en su ca-

sa y padres. En estos casos tan desgraciados y frecuentes, los protectores llaman en su auxilio á otros espíritus de mas elevacion, y con una constancia que solo es propia de la caridad mas ardiente, no cesan de infundir en aquel niño su protejido, la santa moral de que ellos están poseidos. Estos trabajos no están libres de sacrificios.

Repugna á los espíritus angélicos presenciar disensiones de familia, que dan por resultado palabras y obras usadas con execrable profusion; ver hechos torpes, emanaciones bárbaras de abominables licencias, estar presentes en infames conjuraciones contra las vidas y bienes de otros hombres; ser testigos de toda clase de injusticias, homicidios alevosos, traidores y cruelísimos; con otra multitud de espantosos crímenes de que está llena la tierra. Y sin embargo de esas vehementísimas repugnancias, esos espíritus angélicos, en amor á Dios y sus protejidos no esquivan su presencia á todo eso, se instalan en medio de esas sociedades depravadas, y aunque pueden cerrar sus facultades para no ver ni oír lo que tanto repugna, no lo hacen, porque les importa conocer todo el cáncer que amenaza á sus protejidos, á fin de fijar en sus inteligencias mayores grados de santas inspiraciones, que lo que reciben de mal ejemplo.

Pasa la niñez y se entra á la peligrosa juventud, en cuya época se perciben los efectos de los trabajos de los ángeles guardianes. Es en la ju-

ventud cuando la máquina animal del hombre se conmueve con energía. El fluido animal, al dar plenitud de acción á todos los órganos, se encuentra dispuesto á ejercerlos con toda la potencia del instinto irreflexivo; y aunque en los seres humanos ese instinto se subordina á la inteligencia, tiende sin embargo, á independerse, excitando en los órganos y provocando en estos un ejercicio desenfrenado. En una palabra, la concupiscencia de la carne, que no es otra cosa que el placer inmoderado de ese uso de los órganos sensitivos, produce desarreglados deseos en el espíritu que recibe ese tropel de sensaciones, que le enjendran pasiones desconocidas, propias solamente de la humanidad carnal, tanto mas peligrosas, cuanto que llevan consigo deleites seductores que un espíritu recto debe dominar con enérgica voluntad. Si las inspiraciones y constantes consejos recibidos de los buenos espíritus en el tiempo de la docilidad de la niñez, lograron penetrar en el espíritu encarnado y moralizarlo, este espíritu, aunque esforzándose y batallando, se sobrepone á todos los ímpetus de las malas pasiones que excitó el fluido animal; y aunque no será fácil un triunfo constante, las veces que sucumba serán pocas ante el número de las victorias, y aun esas caídas pasajeras traerán alguna utilidad, porque harán que la frágil inteligencia vencida, se humille, perciba la amargura que deja tras sí una pasión satisfe-

cha contra justicia, y se acoja luego escarmentada á las misericordias de su Dios, haciéndose mas dócil á los consejos de sus ángeles guardianes. El gozo de estos espíritus cuando esto logran es grande. Pero si por desgracia, los esfuerzos de los protectores cayeron sobre un espíritu de voluntad indócil que repelió los buenos consejos y santas inspiraciones, lo que no es nada raro, al llegar el hombre á los combates de la juventud, la oposicion al mal es débil ó del todo nula, y ó sucumbe al mal frecuentemente ó sin combatir se entrega á él. En situaciones tan desgraciadas, los buenos protectores, esos espíritus entre los cuales no se encuentran mas que superiores, á fin de salvar á sus protegidos se valen de multitud de medios, aun al parecer extraordinarios; y os declaro con verdad, que esa salvacion casi siempre la logran; pues aun cuando no alcancen mejoras absolutas y completas, si el extirpar muchos vicios y desenfrenos, é infundir muy útiles virtudes, que preparan una purificacion completa en otra reencarnacion. Esas resistencias obstinadas, solo pertenecen á espíritus que llegaron á la depravacion y por largo tiempo se opusieron á su primera encarnacion.

Pasa la juventud y llega la edad madura acompañada de otra clase de trabajos para los espíritus guardianes. Los que lograron éxitos felices en sus primeros afanes, y no fracasaron en esa ju-

ventud, se dedican mas, que á combatir vicios, á fortalecer virtudes; pero si los protegidos fueron de los mas rebeldes, no han cesado sus enérgicos esfuerzos. Al debilitarse con la edad los arranques de la concupiscencia, esos guardianes procuran sacar ventaja de ese estado en que la reflexion tiene menos combatientes. Entonces las intuiciones, no solo aspiran á poner ante el espíritu rebelde la hermosura de la virtud, cuya dulzura no ha llegado á saborear, sino á conmemorarles la suma de trabajos á que se han sometido por entregarse al mal; les infunden vivísimos sueños en que se ven arrepentidos y felices con su enmienda, ó en que les hacen tocar, entre terrores, los grandes peligros que les pueden traer sus desenfrenos. Por estos y otros medios suelen hacer llegar, con no poca frecuencia, un arrepentimiento fructuoso.

Por fin, muchos hombres llegan á la fria y penosa vejez, y en innumerables casos, por los ruegos muy valiosos de los mismos guardianes. Cuando sus encomendados fueron dóciles desde su primera edad, aprovechan la vejez en acabar de purificarlos con repetidas asistencias en la práctica de las virtudes: en estos casos, los espíritus encarnados al concluir sus tránsitos, se encuentran espíritus puros; pero si fueron de los indóciles, aprovechando la decadencia y amortiguamiento de las excitaciones carnales, los llevan á la frecuen-

te y amargosa meditacion de que vean en sí una larga vida infructuosa, sin mérito ante Dios, llena de responsabilidades, impregnada de desdichas que pudieron evitar, y que está cercano el punto en que se haga con la muerte, no solo absolutamente estéril una larga carrera de años, sino en que estos sean un cargo espantoso que les haga recibir tremendas desdichas al tornar á puros espíritus. Con reflexiones tan serias como verdaderas, y con inspiraciones en que les descubren la bondad y gran misericordia de su Dios, que jamas desecha al arrepentido aun cuando llegue á él al declinar la tarde de la vida ó al tocar el punto en que el sepulcro se abre para esperar al que va de prisa, despidiéndose de su existencia, los inducen é impelen al deseado arrepentimiento, que no han podido lograr en mejores edades.

Viene este sin duda, salvo raro caso apenas visto, y cuando esto sucede, los espíritus protectores, aprovechando todo instante, procuran extirpar la soberbia que en sus protegidos engendró la maldad, les infunden cuantas virtudes pueden ejercer en el tiempo corto que resta, y al fin logran ver la reaccion al bien, que es el principio de la purificacion ó acaso esta misma.

En efecto, y sirva esto de mucho consuelo y viva esperanza, sucede á veces que cuando la vejez se prolonga aunque sea por un tiempo no muy largo, que la docilidad del espíritu arrepentido re-

ciba con tal fervor y viva fé las inspiraciones que Dios le envía y los buenos espíritus le trasmiten, que la caridad se haga en él tan eficaz y acendrada, que por ella se constituya en verdadero humilde, sufrido y paciente, y que por amor á Dios, á quien se eleva ardientemente solo por lo mucho que le perdonó, reciba gozoso las terribles penalidades de esa vejez amarga; se las ofrezca con limpio corazon en expiacion del mucho mal que obró, y que esté dispuesto á padecer mucho mas solo por satisfacer á Dios, que es ya el punto culminante de su amor. Cuando esto sucede, hay perfecta caridad en este espíritu, y esta hace que sus expiaciones tengan tal valor por la parte que en ellas lleva el amor divino, que Dios las acepte en satisfaccion de su justicia, que derrame en aquel espíritu sus gracias, y que por esa caridad ya no pueda querer mas que el bien y repela siempre el mal. Tal espíritu, no hay que dudarlo, alcanzó su purificacion.

Por último; antes ó despues de la juventud, antes ó despues de la ancianidad, llega la muerte del cuerpo humano que los guardianes preveen, y entonces doblan sus asistencias, las hacen mas sensibles y algunas veces visibles; les multiplican consuelos, llaman á otros espíritus elevados que asistan al renacimiento ó resurreccion del que va á dejar la mortalidad de la carne, y suavizando mucho de lo que en este último paso hay

de penoso, les hacen entrever la feliz existencia á que van á volver, y no se apartan de ellos hasta que se encuentran de nuevo en la dichosa eterna vida espiritual, en la patria de los goces inmensos en que conocieron sus primeros contentos.

¿Habeis comprendido cuántos son los sacrificios de esos espíritus guardianes? Cuántas las eminentes virtudes que despliegan hasta salir triunfantes de sus encomiendas? Cuánto es el bien que esparcen y el mal que evitan con su caridad ardiente? Pues sabed que esos son los deberes de los espíritus para con los otros en las épocas transitorias de sus encarnaciones. Y si esos deberes y obligaciones los llenan los protectores con heroica constancia, los que no tienen esas encomiendas jamas se dispensan de ellos y con frecuencia vienen en ayuda de los que están constituidos en guardianes de los hombres. Pásemos al último punto ofrecido.



CAPITULO VI.

DEBERES DE LOS HOMBRES ENTRE SI, O LO QUE ES LO MISMO, DE LOS ESPIRITUS ENCARNADOS.

SIENDO así que los espíritus encarnados no dejan jamas de ser espíritus, y que su encarnacion no importa para ellos una nueva moral, claro es que sus deberes para con Dios y para con los otros espíritus no pueden ser diversos de los que ya conoceis. Sin embargo de esto, como esos espíritus encarnados reunen en el tiempo de sus tránsitos, á la calidad de espíritus, la que resulta de su composicion animal llena de necesidades corpóreas y de trabajos expiatorios, en que deben aliviarse y socorrerse, tambien es claro que de esos trabajos y necesidades nacen obligaciones propias solamente al estado de hombres las que multiplican las ocasiones de hacer el bien y evitar el mal.

Enumerar una por una esas necesidades seria del todo inútil, cuando no es el fin ni clasificarlas ni formar sobre ellas un tratado especial. Por esto solo haré mencion de las mas apremiantes, para que se vea qué es lo que debe resolver la vo-